

Navarra: historia e historiadores

Rocío GARCÍA BOURRELLIER*

¿Cómo ser buen historiador?

Es esta una pregunta no sencilla; depende mucho del concepto de Historia que uno tenga. Suele decirse que la Historia es importante para comprender el presente, y es cierto. Pero a los historiadores vocacionales nos gusta conocer y tratar de entender también el pasado en sí mismo, aun sin ponerlo en relación con el presente. El conocimiento de esos “mundos que hemos perdido”, en expresión de Peter Laslett, ejerce sobre nosotros una atracción tal que los convertimos en objeto de nuestro trabajo cotidiano.

Para que ese trabajo sea científicamente válido y no se convierta en una colección de recuerdos y anécdotas, a mi entender el historiador profesional debe tener en cuenta al menos tres cuestiones básicas:

a) Nunca constituirse en juez de lo que estudia; no es labor del historiador juzgar personas ni acontecimientos, sino valorar y como mucho interpretar plausiblemente qué pudo ocurrir y cómo, y exponerlo de manera comprensible y abierta al debate. Para eso necesita una sólida formación previa que le permita (en la medida en que sea posible) comprender las sociedades, circunstancias y hechos que analiza. Un buen historiador debe tener nociones de Derecho, Literatura, Música, Arte, Política, Filosofía, tanto de la etapa que estudia como del tiempo en que vive; las sociedades extintas no eran más incultas, sólo más antiguas. Nuestros antepasados no por haber vivido antes fueron menos inteligentes, menos cultos o menos ingeniosos.

b) Enfrentarse a las fuentes (sin ellas, no hay Historia) sin introducir elementos propios, es decir, sin prejuicios. Un historiador serio, según lo veo, solo ha de partir de una hipótesis de trabajo coherente; no debe adaptar las fuentes a ideas preconcebidas, ya sean políticas, económicas o sociales, sino reconstruir, a través de la documentación, una realidad que ya no existe, aunque el resultado contradiga ideas previas. Debe evitar la tentación de manipular la Historia en beneficio propio o de otros.

c) Encontrar el modo de hacer llegar los resultados de su investigación tanto al ámbito de sus colegas, en publicaciones científicas, congresos especializados, etc., como al gran público. El mejor historiador es el que habla perfectamente los dos “idiomas”, el de los especialistas y el de la calle, sin que la calidad del contenido se resienta. Es igual de malo un historiador cuyos artículos sean ininteligibles, como otro que se limite a narrar hechos aislados, por ser curiosos o llamativos, con el único fin de hacer pasar un rato agradable. La intención puede ser

55

* Doctora del Departamento de Historia Moderna. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Navarra

buena, pero el auditorio no habrá aprendido Historia, sino que habrá asistido a un desfile de curiosidades, a un metafórico cajón de sastre lleno de cosas inútiles, puesto que les falta el hilo conductor, el contexto, que explique su sentido y su importancia para la actualidad.

Grandes historiadores

Las nociones sobre el trabajo histórico científico las han expuesto repetidas veces investigadores conocidos y respetados a nivel internacional, desde Julio Caro Baroja (aunque tiene más peso su vertiente etnográfica) a José M^a Lacarra, Valentín Vázquez de Prada (uno de los dos españoles que realizaron estudios con Fernand Braudel, continuador de la Escuela de *Annales*), Ignacio Olábarri Gortázar, Alfredo Floristán Samanes (†), que no obstante su formación como geógrafo fue un magnífico docente de Historia, Ángel Martín Duque, M^a Amor Beguiristain, cofundadora del grupo Etniker, con José Miguel de Barandiarán como punto de referencia, y desde otros ámbitos Hugh Thomas, Eric Hobsbawm, Christopher Hill, Natalie Zemon Davis, Simon Schama, Carlo Ginzburg, John H. Elliott, Peter Burke, Geoffrey Parker... la lista sería interminable; habría que añadir a los especialistas en Historia de América como Lourdes Díaz Trechuelo, Francisco Morales Padrón, Ronald Escobedo Mansilla, Horst Pietschmann, Mario Hernández Sánchez-Barba, Demetrio Ramos, y a los maestros de Historia del Arte, como Concepción García Gaínza, Fernando Chueca Goitia, Fernando Checa Cremades, sin olvidar a especialistas de otras ciencias sociales que han sugerido grandes temas de investigación histórica, como Norbert Elias, Roderick Floud, Bronislaw Malinowski, Pier Paolo Donati, etc.

56

Metodología de investigación

Estos y otros profesionales igualmente meticulosos huyen del presentismo, es decir, de la tentación de explicar realidades pasadas con modelos actuales; su método, que han sabido transmitir en sus obras, es el método histórico tradicional: enunciación de un tema, elaboración de hipótesis de trabajo, etapa heurística (búsqueda de fuentes, facilitada en Navarra enormemente gracias a nuestros Archivos y Bibliotecas), análisis y discriminación de la documentación, comprobación de las hipótesis formuladas, y por fin el establecimiento de conclusiones, siempre parciales y abiertas, ya que puede aparecer nueva información que obligue a variarlas. Por supuesto todo buen historiador está al tanto de las innovaciones metodológicas que van surgiendo, como ocurrió en su momento con el método prosopográfico (biografías colectivas), la historia comparada, la microhistoria, etc., aunque no las aplique siempre a su trabajo cotidiano. Lo mismo cabría decir del descubrimiento de nuevas fuentes de utilidad; no hace tanto tiempo, los testamentos no se consideraban aptos como documento histórico, al igual que los procesos judiciales o las fuentes notariales, mientras que hoy día no faltan en ningún estudio serio. Se van añadiendo poco a poco la iconografía y las artes plásticas, la arquitectura, la literatura y la fotografía. De todo resto, bien analizado y contextualizado, puede conseguirse alguna información útil.

Capítulo aparte merecen las innovaciones tecnológicas, que permiten consultar documentos *on-line* (en aquellos archivos cuyos fondos se hayan digitalizado y liberado), así como recu-

rrir a versiones digitales de artículos de revista y monografías; otros programas resultan también de enorme utilidad, como los cartográficos, las bases de datos relacionales, los instrumentos de búsqueda bibliográfica selectiva, etc.

Historia local, historia internacional

En Navarra los historiadores, aunque de formación e inclinaciones variadas, han sabido acoger en general las nuevas corrientes y tendencias surgidas en la investigación, tratando además de no limitar en exceso sus estudios al territorio de Navarra, lo que hubiese dado lugar a un localismo cerrado, poco apto para el diálogo científico. Sin descuidar la interesante, rica y variada historia del Reino de Navarra, se ha logrado insertar el territorio en la historia europea y aun mundial, gracias a la diversidad de fondos y a la relación de los investigadores navarros con grupos de estudio internacionales. De la misma manera se presta atención a los diferentes objetos de análisis que los estudiosos van poniendo sobre el tapete: así, además de historia política y económica, se investiga en historia social: lenguaje, nobleza, clero, familia, matrimonio, mujer, violencia, deporte, religiosidad, formas de vida rural y urbana, y esperamos que en un futuro muchos más aspectos de gran interés que aguardan su turno. Repito, porque es de enorme importancia para todo historiador formado en Navarra, que la riqueza documental de sus Archivos y Bibliotecas es envidiable y permite abordar estudios que no pueden llevarse a cabo en otras zonas de España, debido a la escasez, destrucción o ausencia de documentos. Tanto el Archivo General de Navarra, con sus secciones de Tribunales Reales, Comptos y Protocolos Notariales, como el Archivo Diocesano de Pamplona son verdaderas minas de oro para cualquier investigador, en especial para quienes se dedican al estudio de la vida cotidiana. Lo mismo puede decirse del fondo de libros antiguos de la Biblioteca de Navarra, con miles de facsímiles y primeras ediciones, que facilitan tanto la búsqueda de información.

57

Obras necesarias

Ciñéndonos a la Historia de Navarra es difícil decidir qué obras resultan más relevantes, en los últimos treinta años de investigaciones y estudios. Lo más veraz sería decir que todas ellas, ya que la producción ha sido abundante y diversa, tocando temas variopintos que ayudan a dibujar, cada vez con más precisión, la silueta del pasado de nuestra tierra. En este ejercicio lo más sencillo es, a mi juicio, pensar en qué obras desearía un historiador encontrar en los fondos de una buena Biblioteca General. Habría que comenzar por las básicas, como los estudios institucionales de Joaquín Salcedo Izu, M^a Puy Huici Goñi, José M^a Sesé y Dolores Martínez: libros sobre la Cámara de Comptos, el Consejo Real, la Real Corte y las Cortes de Navarra, así como su Diputación; aunque quizá deban ser revisados a la luz de nuevas fuentes, no deberían faltar. Tampoco la obra de Mercedes Galán Lorda sobre la Ley paccionada. Estos estudios de corte jurídico-institucional ponen las bases para comprender la vida diaria de un individuo navarro desde la Edad Media hasta la Contemporánea. Habría que añadir los dos estudios disponibles de las Actas de Cortes de Navarra: el dirigido por Valentín Vázquez de Prada en dos tomos, con transcripción, resumen e índices de todas las leyes propuestas,

aprobadas y denegadas en Cortes, así como de asistentes a cada reunión; y el capitaneado por Luis Javier Fortún, que se limita a la transcripción de las actas, pero de indudable valor si solo se busca ese elemento.

En cuanto a Prehistoria y Arqueología, además de las monografías de M^a Amor Beguiristain, Amparo Castiella, Ignacio Barandiarán y Cruz Labeaga, un prehistoriador buscaría la revista *Cuadernos de Arqueología*, cuyos volúmenes recogen colaboraciones de expertos nacionales e internacionales sobre excavaciones realizadas en Navarra pero conectadas con yacimientos de otros entornos europeos. Por otro lado está la excelente obra de Esther Álvarez Vidaurre sobre el megalitismo, novedosa en su método y en su forma, que viene a renovar el campo de la Arqueología de la zona.

De Historia Antigua por desgracia son pocas las publicaciones en los últimos años, probablemente debido a la escasez de fuentes para ese período histórico; actualmente están en curso o pendientes de publicación varias tesis doctorales sobre la aristocracia romana en la zona de la actual Navarra, así como de sus sistemas de vida y producción; quizá tengan de momento más valor las monografías de arqueología antigua, esto es, los resultados de las excavaciones de villas romanas, como la Villa de las Musas o Andelos, en Mendigorriá, realizadas por Eva Tobalina y M^a Ángeles Mezquíriz. Amparo Castiella tiene asimismo una obra sobre las vías romanas en territorio navarro.

58

No cabe duda de que la etapa medieval ha sido la más estudiada a lo largo de los últimos años. En parte debido al estatus de reino independiente de que gozó Navarra en esos siglos, y en parte gracias a la escuela de medievalistas iniciada por Lacarra y continuada por Martín Duque. Así, aparte de las obras de estos autores, en un buen fondo histórico cabría hallar obras de Eloísa Ramírez Vaquero, Raquel García Arancón, F. J. Zabalo, Fermín Miranda, Juan Carrasco, Juan Francisco Elizari, Javier Gallego, Carmen Jusué, Susana Herreros, Julia Pavón Benito y otros, discípulos de Martín Duque; en una etapa posterior y con temáticas de corte más social están las obras de María Narbona, en especial su magnífico estudio prosopográfico sobre el hostal de Carlos III el Noble, así como la completa tesis de Félix Segura Urra sobre la violencia y la justicia en la Navarra medieval, y la no menos interesante de Roberto Ciganda (*Navarros en Normandía*) sobre la etapa final del rey Carlos II. Por no mencionar las obras de Juan José Martinena, no limitadas al medioevo pero inspiradas por la escuela de Martín Duque. Roldán Jimeno presenta una obra ecléctica, procedente del ámbito medieval con incursiones en la temprana Edad Moderna, y tocando temas como la religiosidad y formas de espiritualidad en Navarra. La obra de Julia Baldó sobre las costumbres funerarias medievales añade un elemento más a esos estudios, en este caso dirigidos al análisis del tránsito al más allá.

La Edad Moderna ha sido la gran olvidada en los estudios sobre Navarra. La pérdida de la autonomía política desde 1512 pareció restar interés a lo que ocurrió en el territorio a lo largo de los tres siglos siguientes. Es esta una visión en exceso política, que se ha intentado corregir desde la historia económica y la historia social. Autores como Fernando Mikelarena, Alejandro Arizcun, Ana Azcona, Ana Zabalza Seguín, Alfredo Floristán Imízcoz, Valentín Vázquez de Prada, Jesús M^a Usunáriz, Agustín González Enciso y la abajo firmante, han dedi-

cado años de estudio e investigación a cubrir, siquiera mínimamente, ese vacío historiográfico con resultados (y pido disculpas por la inmodestia que pueda suponer) cuando menos interesantes. Se han tratado temas como las vías de comunicación y el contrabando en la Edad Moderna, las familias de comerciantes que, desde el Baztán y otros lugares prosperaron y se hicieron un hueco y un nombre en la Corte castellana (los Goyeneche, estudiados por Santiago Aquerreta, son un buen ejemplo), el estanco del tabaco en el Reino, el régimen señorial, la nobleza alta y media (palacianos, analizados por Joaquín Noain Irisarri), el matrimonio y la familia, el papel de las mujeres (imprescindible la tesis, en proceso de publicación, de Amaia Nausía Pimoulier sobre las viudas), la violencia y sus formas (otra obra de gran interés es *El bandolero y la frontera*, de Daniel Sánchez Aguirreolea) son algunos de los temas que se están trabajando en la actualidad, así como las características del virreinato de Navarra en el marco de la monarquía, y algunos aspectos del llamado estado llano (campesinos, labradores, comerciantes al por menor). Sería necesario abordar el análisis del clero y es de esperar que este estamento tan heterogéneo y desconocido no tarde en ser objeto de estudios importantes. La aventura americana de algunos ilustres navarros ha sido trabajada por Usunáriz, Bosco Amores y Aramburu Zudaire, para dar luego paso a monografías sobre virreyes naturales del Reino, como las realizadas por Ainara Vázquez, Juana M^a Marín y Ana Irisarri. Isabel Ostolaza, aunque de formación paleográfica (de la escuela del ya difunto Santos García Larragueta, excelente paleógrafo) ha publicado también algunos estudios de Historia Moderna que no estarían de más en un fondo completo de Historia de Navarra.

Los historiadores de la época Contemporánea navarra son prolíficos e interesados por temas tan diversos como el Carlismo, la Historia de la Historiografía y la Historia del Deporte (Francisco Javier Caspistegui), esta última una novedosa línea de investigación abierta en ámbito anglosajón, que persigue comprender el papel de los deportes como catalizadores de movimientos sociales; M^a Mar Larraza se ha centrado en el siglo XIX y principios del XX, analizando desde la Gamazada a las primeras elecciones celebradas en Pamplona. Asimismo Mercedes Vázquez de Prada se ha especializado en esa etapa, pasando más tarde al siglo XX y sus grandes figuras naturales de nuestro territorio, aparte de mantener una línea de estudio de historia de la familia casi hasta nuestros días, y haber sacado a la luz fuentes imprescindibles para una historia contemporánea de Navarra. Vicente Huici y otros son autores de otra Historia Contemporánea, que aunque quizá haya sido superada, continúa siendo una base necesaria para la comprensión de ese período histórico. Otros autores se han decantado por los conflictos sociales contemporáneos, siguiendo enfoques diferentes, como Joseba de la Torre.

59

Obras generales

Por último, han existido diversos intentos de compendiar la historia de Navarra en enciclopedias o volúmenes diseñados a ese fin, como la *Breve Historia de Navarra* de Usunáriz, la *Nueva Historia de Navarra* coordinada por Javier Navarro Santana, los tomos dirigidos por Ángel Martín Duque o la obra presentada por Emilio Valerio Martínez de Muniain, todas ellas de interés, centradas en los vaivenes políticos y un poco menos en la evolución social.

Merece una mención especialísima, por el enorme esfuerzo realizado en su composición, el Catálogo Monumental de Navarra, que recoge hasta los mínimos detalles la producción artística de nuestro territorio. Es una obra magna, impulsada por Concepción García Gaínza, que sin embargo no hubiese sido posible sin la colaboración de Ricardo Fernández Gracia, José Javier Azanza López, Clara Fernández Ladreda, Asunción Domeño Martínez de Morentin y muchos otros historiadores del Arte, a cuya dedicación se debe el Catálogo.

De campos específicos como la Historia de la Educación y del lenguaje provienen algunos estudios de interés, como los de Javier Laspalas y Fernando González Ollé, Carmen Saralegui y Carmela Pérez-Salazar Resano, que completan desde sus disciplinas la visión de la sociedad navarra a lo largo de su historia.

Soy muy consciente de que dejo importantes nombres en el tintero, por mis propias limitaciones a la hora de abarcar la gran producción historiográfica en Navarra. Pero puede verse como una buena señal, un signo de que se busca, se analiza y se publica mucho de Historia de Navarra, aunque todavía quede tanto por hacer. Y quiero recordar y agradecer a los responsables de la Biblioteca de Navarra la enorme variedad y abundancia de sus fondos, en los que se encuentran las obras mencionadas y tantas otras, menos conocidas pero igualmente útiles para los investigadores e interesados por la Historia de Navarra en general.